

## BEATRIZ

2º - 3º

El convento se encontraba bastante alejado de la gran ciudad y de los congestionados caminos, rodeado sólo por unos cuantos pueblos y granjas, mientras extensos campos y praderas se esparcían por sus alrededores. En esta parte del país había mucha calma y las personas no hablaban mucho, aunque cada cierto tiempo las campanas de la torre del convento rompían el silencio llamando a las monjas a trabajar. Entonces la gente decía:

- ¡“Escuchen, esa es Beatriz, la cristiana, haciendo sonar las campanas del convento”. Todos conocían a Beatriz, pues ella no sólo tocaba puntualmente la campana del convento, sino que además limpiaba las salas, cuartos, y pasadizos. Cada mañana se encargaba de abrir las puertas y en la noche las cerraba, ayudando de esta forma a las mujeres del convento, aunque en realidad ella servía a la Madre María por encima de todo, para quien estaba dedicado este convento. Beatriz amaba realmente a María y hacía su trabajo con alegría en el corazón.

Sin embargo, y a pesar de que amaba tanto a María, tenía otro amor escondido en lo profundo de su corazón. Constantemente se encontraba pensando en un amigo que había conocido en aquella época cuando fue al colegio del pueblo; lo había conocido cuando tenía doce años y cada vez que pensaba en él su corazón daba un brinco y empezaba a latir furiosamente. Un día cogió lápiz y papel y le escribió una carta en la que le expresó lo mucho que lo amaba, pidiéndole que fuese a buscarla.

Lleno de alegría, el joven montó sobre su caballo y se dirigió hacia el convento; cuando llegó, ató su caballo junto al portón de entrada y caminó por entre los hermosos jardines, hacia un patio y hacia una pequeña ventana con barrotes. El joven se sentó y se inclinó para ver a la mujer que lo había esperado por tanto tiempo; ambos se miraron por largo rato y el joven vio que Beatriz era muy bella, más aún de lo que recordaba de aquellos tiempos cuando habían jugado juntos de niños. Entonces hablaron y ella le confió que nunca lo había podido olvidar, mientras que él le dijo que ella era tan bonita que debería de estar con un caballero como él. Finalmente, él sugirió:

- *“Si quieres, te llevaré conmigo a la ciudad en donde vivo y te cubriré de joyas y vestidos, como se merece la esposa de un caballero”.*

Estuvieron juntos por muchas horas, hasta que Beatriz suspiró:

- *“Vuelve a este jardín después de ocho noches y espérame debajo de la enredadera de aroma dulce, de ese rosal que puedes ver allí, y entonces dejaré el convento y me iré contigo”.*

El caballero le juró que se haría digno de ella y se fue. Cabalgó hacia la ciudad, compró vestidos hermosos y valiosas joyas, y a la hora convenida se sentó bajo la enredadera de aroma dulce y esperó mientras anocheecía.

Al caer la oscuridad, Beatriz se arrodilló en la capilla con las otras mujeres, pero después de la misa se quedó allí sola, dirigiéndose hacia el altar en donde la figura de María se erigía:

- *“María, queridísima madre, perdóname, pero deseo seguir a este joven hombre que amo; no puedo evitarlo, tengo que marcharme con él”.*

Entonces procedió a quitarse los hábitos y los puso sobre el altar, se quitó los zapatos y los puso sobre el piso, y colgó las llaves del portón en frente de la estatua de María para que así pudiesen ser descubiertas a la mañana siguiente. Se vistió con su ropa rústica y salió por el pesado portón, cerrándolo tras ella y encontrándose con su amado debajo de la dulce enredadera; él la abrazó y la besó, ayudándola a subir a su caballo y emprendiendo el camino.

Pararon al costado del camino después de haber avanzado un buen trecho, y él le entregó un hermoso vestido de terciopelo y le puso un collar de perlas alrededor del cuello. Entonces vio lo hermosa que ella se veía y, a su vez, ella sintió un profundo amor por él, aún sin todos los regalos que le acababa de dar.

Cabalgaron toda la noche hasta que divisaron la ciudad, y entonces Beatriz le pidió al caballero que detuviera el caballo por un momento para así poder ver el camino por el que habían venido. Después de un rato suspiró y dijo:

- *“Las mujeres del convento ya deben de haber encontrado las llaves que dejé colgadas frente a la estatua de María y ya deben de haberse percatado de que me he ido”.*

Pero el joven caballero le dijo:

- *“No pienses más en eso. Mira, frente a nosotros está la ciudad en la que viviremos juntos”.*

Entonces, entraron cabalgando a la ciudad y vivieron allí juntos por muchos años.

Tuvieron dos hijos y cada mañana Beatriz cantaba la canción que solía cantar temprano en el convento. Así mismo, cada noche agradecía por todo aquello que la gente le diera, por la vida llena de lujos y riquezas que vivía, y por todas las cosas hermosas y buenas que la rodeaban. También agradecía por el amor de su esposo.

Pero, conforme pasaron los años, llegó la miseria a esas tierras y el caballero traía cada vez menos y menos comida a la casa, mientras que Beatriz y los niños apenas tenían lo suficiente para comer. Ella arreglaba y parcheaba la ropa vieja una y otra vez hasta que ya no quedaban sino puras hilachas. La pobreza que prevalecía hizo que mucha gente se

amargara, de forma que un sentimiento de descontento y de resentimiento también volvió a los corazones de Beatriz y su marido, llevando a que frecuentemente intercambiaban palabras ásperas. El caballero dejaba su casa por períodos cada vez más largos, hasta que un día ya no volvió más.

Sin embargo, Beatriz tenía que seguir cuidando de sí misma y de sus hijos, y se vio obligada a trabajar en oficios duros y difíciles en la ciudad para no morir de hambre. A pesar de esto, cada noche cuando volvía a casa se bañaba y lavaba sus ropas, mientras que cada mañana continuaba cantando la canción que había aprendido en el convento, albergando la esperanza de que María no se olvidara de ella.

Finalmente, catorce años después de haber dejado el convento, Beatriz y sus niños se vieron obligados a dejar su hogar y a mendigar por las calles, deambulando de pueblo en pueblo, hasta que un día llegaron a la región en donde se encontraba el convento de Beatriz.

Encontraron refugio en una casa del vecindario en donde vivía una viuda amable, la que les dio comida y un lugar donde dormir por unas cuantas noches. Cuando estuvieron sentados en la mesa, Beatriz escuchó súbitamente el sonido de las campanas, las que sonaban como siempre habían sonado, y entonces le preguntó a la viuda acerca del convento. La buena mujer respondió que no existían mejores mujeres o personas más piadosas que aquellas que vivían en ese convento. Beatriz le preguntó:

- *“¿Pero es que acaso no hubo una que fue infiel y que se escapó hace unos catorce años?”*

- *“¿Cómo puede decir eso?”, le refutó la viuda contrariada.*

- *“Nunca se ha escapado nadie del convento y es muy poco amable de su parte expresarse de esa forma de nuestras mujeres”.*

Esa noche Beatriz tuvo un sueño en el que escuchó una voz que le decía:

- *“Has deambulado por muchos años, tiempo durante el cual has sufrido grandes tristezas y pasado muchas privaciones. Regresa al convento, pues la Madre María te está esperando y la puerta está abierta”.*

A la mañana siguiente al despertar, Beatriz pensó que la voz había sido sólo un sueño y no creyó lo que había escuchado, ni siquiera cuando esa noche volvió a escucharla otra vez, repitiéndole las mismas palabras. Sin embargo, a la tercera noche decidió mantenerse despierta para ver si esa voz volvía a hablarle otra vez.

¡Dicho y hecho! Antes de la medianoche escuchó la voz por tercera vez, urgiéndole más que nunca y diciéndole que María la llamaba para que volviese. La voz también le dijo:

<https://ideaswaldorf.com/tag/cuento/>

<https://ideaswaldorf.com/tag/leyenda>

<https://ideaswaldorf.com/tag/periodos/>

- *“No te preocupes por tus niños pues estarán bien cuidados, y no te preocupes por las mujeres del convento ya que no han notado tu ausencia pues, mientras estuviste fuera, la Madre María hizo tu trabajo y nadie jamás notó que te habías ido”.*

Beatriz se paró, llena de asombro, y se vistió; le dio un beso a cada uno de sus niños, que todavía estaban durmiendo, y dejó la hospitalaria casa de la viuda. Cuando llegó al convento encontró la puerta abierta, tal y como se lo había indicado la voz, y entró. Entonces caminó por los corredores y se sorprendió de que nada hubiese cambiado.

Cuando entró a la estancia de María vio su vestimenta sobre el altar y sus zapatos sobre el suelo. Entonces se puso la ropa y zapatos y recogió las llaves, las que estaban colgadas en frente de la estatua de María, exactamente en el mismo lugar en donde las había dejado. Le puso candado a la puerta por la que había entrado y se dirigió a su cuarto, en donde todo se encontraba igual como siempre había estado.

A la mañana siguiente, Beatriz tocó la campana y las mujeres la saludaron como si siempre hubiese estado allí, ninguna parecía sorprendida de verla.

- *¿Es que acaso se había ido alguna vez?*

- *¿Es que lo había soñado todo?*

Pero cuando se paró frente a la estatua de María, supo que la voz que había escuchado durante tres noches había dicho la verdad: María había removido su vestimenta del altar y se había puesto sus zapatos, abriendo y cerrando las puertas del convento cada mañana y cada noche por catorce años.

Entonces Beatriz elevó la mirada hacia la estatua y dijo:

- *“Todos estos años que estuve fuera tú hiciste el trabajo por mí, pero ahora ya he vuelto. ¡Gracias, Madre María!”*

Traducido por M. Pilar Bastida